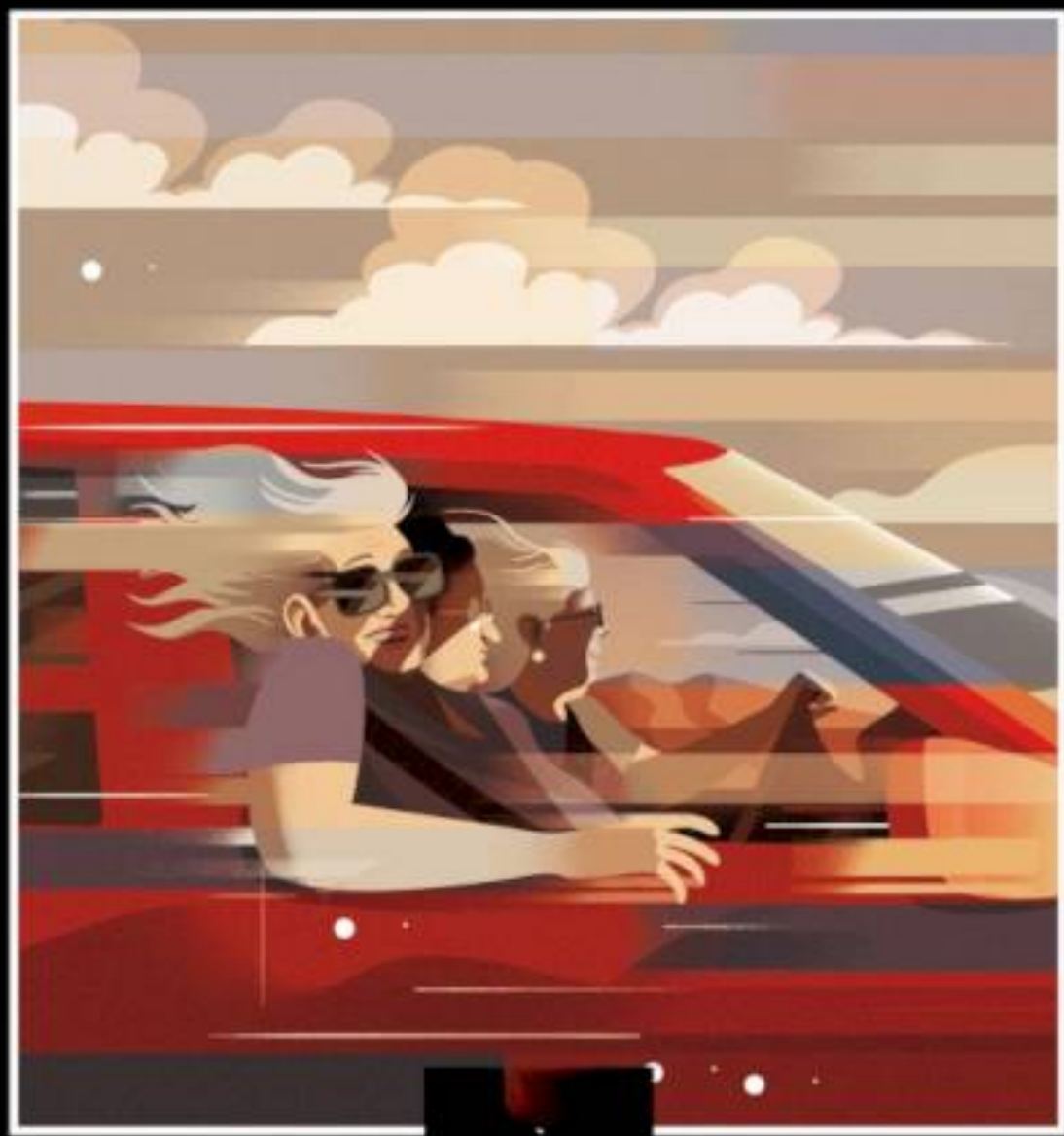


Joaquín Berges
PEREGRINAS



Peregrinas cuenta el viaje protagonizado por Dorita, Fina y Carmen, tres mujeres octogenarias en una residencia que aprovechan el verano del desconfinamiento para escaparse con la excusa de hacer el camino de Santiago. En realidad Dorita tiene una asignatura pendiente en Tarragona, y ha convencido a Carmen, con carnet de conducir, y a Fina, dueña de un viejo Volvo 850 heredado de su marido, que la acompañen. A Fina, que sufre de un inicio de alzheimer, van convenciéndola de que todo lo que ven les lleva a Santiago.

Índice de contenido

Cubierta

Peregrinas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Sobre el autor

*a Bux
a Marcos
a Miguel*

a los mayores de ochenta años

Para que el suceso más trivial se convierta en aventura, es necesario y suficiente contarlo. Esto es lo que engaña a la gente: el hombre es siempre un narrador de historias; vive rodeado de sus historias y de las ajenas, ve a través de ellas todo lo que sucede; y trata de vivir su vida como si la contara.

SARTRE, *La náusea*

Mientras el corazón lata, mientras la carne palpita, no me explico que un ser dotado de voluntad se deje dominar por la desesperación.

VERNE, *Viaje al centro de la Tierra*

El centro comercial todavía está cerrado y ya hay clientes esperando en la puerta principal, aunque no tantos como habían supuesto. Todos guardan la distancia de seguridad con sus mascarillas puestas, uniformados como soldados a punto de saltar al campo de batalla. Pese a tener más de ochenta años, es la primera vez que Dorita va de compras el día que comienzan las rebajas de verano. Y así se lo comunica a sus dos compañeras, preguntándose a sí misma cuándo es demasiado tarde para hacer algo por primera vez. Carmen reconoce que ha ido muchas veces y Fina no solo no se acuerda, sino que cree estar esperando a que abran la iglesia para escuchar misa de diez.

A esa hora la persiana metálica se eleva con la majestuosidad de un telón escénico y el centro comercial se abre. Fina entra mirándolo todo con la ingenuidad de una niña recién llegada a un país extranjero. Dorita le explica que no han ido a rezar, sino a comprar ropa para el viaje, y Fina asiente distraídamente, incapaz de dar media docena de pasos sin detenerse a observar algún detalle: un rótulo luminoso, un monitor gigante de televisión, el volumen de la música o la ausencia total de puertas. Eso es lo primero que pregunta.

—¿Por qué estas tiendas no tienen puertas?

Dorita le responde con su paciencia habitual.

—Todas las tiendas dan al pasillo de la galería comercial y no conviene poner barreras físicas a los clientes.

Fina niega sin comprender.

—No hay mayor barrera física que una tienda sin puertas —dice.

Dorita no quiere discutir.

—Vale —termina diciendo—, sí que hay puertas pero no tienen hojas.

Y Fina sonríe mientras olfatea el aire.

—Va a llover —dice.

—Es un recinto cerrado, Fina —le recuerda Carmen señalando hacia arriba—. Aquí nunca llueve porque no hay nubes ni cielo. Todo lo que hay es techo. Mira.

Miran las tres hacia arriba, pero lo hacen muy despacio y solo durante un par de segundos para no correr el riesgo de marearse.

Lo habíamos planeado todo a conciencia, mi amor, reuniéndonos en mi habitación o en la de Carmen. Igual que los fugitivos esperan a la luna nueva para no ser delatados por su resplandor, nosotras creímos que el primer día de las rebajas sería el más indicado para visitar el centro comercial. Teníamos que dejar la residencia con lo puesto, sin llevarnos ningún tipo de equipaje para no levantar sospechas. Además, ¿qué podríamos habernos llevado de allí? Íbamos casi todo el día en bata y zapatillas. El primer día de las rebajas suele haber mucha gente en los centros comerciales y eso era exactamente lo que nos convenía para no llamar la atención. Abrí mi libreta y me dispuse a tomar nota de todo lo que íbamos a necesitar. Compraremos pantalones, blusas, camisetas, chaquetas y ropa interior. Yo quiero llevarme el vestido de raso y encaje con el que hice la primera comunión, dijo Fina con ese candor inocente que se le ponía en la voz cuando se marchaba al pasado. También necesitaremos calzado cómodo, continué yo sin hacerle caso, o mejor, zapatillas de deporte. Yo no quiero llevar zapatillas de deporte, replicó Carmen, mirándome con recelo, como si le disgustase que hiciera planes por ella. Quiero unas zapatillas de lona con cordones, que no sean ni blancas ni negras. Me recordarán a un viaje que hice hace muchos años

por Francia. Le sostuve la mirada, creyendo que iba a conarnos algo más, pero no fue así. Carmen alternaba las palabras con los silencios. De pronto se callaba, cruzaba los brazos como si se hubiera molestado por algo, y perdía la mirada en una lejanía virtual. Era una forma de ausencia parecida a la de Fina. Aquella tarde se quedó mirando el jardín de la residencia, que se ve desde la ventana de mi habitación.

A veces Fina creía que el jardín de la residencia era el corral de la casa de sus padres, que estaba en un pequeño pueblo de Soria rodeado de pinares oscuros y cielos despejados, donde el aire era fresco y fragante. Siempre que el tiempo lo permitía, salía al jardín con un diario que, según ella, había escrito su padre cuando era joven. Lo leía a todas horas, a veces en voz alta, con una atención casi devota, como si fuera un texto sagrado. La mayoría de los internos suponía que se trataba de un misal o un libro de santos. Se pasa todo el día rezando, decían de ella. Unos la tomaban por una santurróna. Otros creían que se refugiaba en una lectura de juventud, como si quisiera rejuvenecer a través de la ficción. Algunos días, cuando supuestamente salía al corral, Fina se daba de bruces con la palmera que había en mitad del recinto, rodeada por un alcorque adornado con flores, normalmente petunias en verano y ciclámenes en invierno. Miraba el conjunto con una incredulidad en cierto modo cómica, dando unos pasos errabundos a su alrededor con las manos a la espalda, hasta que terminaba sentándose en un banco a leer el diario.

Entre la variedad de modelos y tallas, Dorita elige prendas para ella y para Fina sin contar con Carmen, que ha preferido ir por libre.

—¿Te gusta esto? ¿Prefieres manga corta o larga? ¿Botones o cremallera? ¿Cuello de pico o redondo?

Fina dice a todo que sí, o que no. Es una respuesta ambigua, una flexión de la cabeza con vocación de diagonal, como si en realidad quisiera decir que sí y que no a la vez. O que no le importa lo más mínimo. Ella sigue mirándolo todo con ojos de sorpresa, como si fuera la primera vez que visita un centro comercial, ajena a cualquier concreción de la realidad. Dorita le ha calculado una talla 44, parecida a la de Carmen, lo cual considera una ventaja porque, en caso de quedarse sin ropa limpia, ambas podrán intercambiarse las prendas. Ella lleva una talla más pequeña.

Fina se detiene ante el escaparate de una tienda de deportes.

—Quiero unas botas para regar el huerto —dice señalando con un dedo—, como esas.

Dorita se fija en ellas con el ceño fruncido.

—Luego entramos y te las pruebas —le dice tirando de su brazo—, ahora tenemos que ir a buscar algo de ropa interior.

—Toda mi ropa interior está bordada con mis iniciales —contesta Fina asintiendo—. Y quiero que sepas que no me pondré nada que no lleve mis iniciales.

Dorita la mira de reojo, respirando profundamente para no alterarse. Conoce la determinación infantil de Fina cuando ofrece resistencia, la más fuerte que existe a este lado del mundo.

—No tenemos tiempo para bordados —le dice—, pero podemos comprar un rotulador para marcar la ropa con tus iniciales.

—Vale —responde Fina—, pero hoy no va a poder ser.

—¿Por qué no?

—No recuerdo mis apellidos.

Se llama Adoración, como su madre, pero todos le dicen Dorita. A su madre la llamaban Dora. Un par de letras las diferenció siempre. Proviene de Bedras, un pueblo de Teruel que está a 1200 metros de altitud, cerca de las nubes y las estrellas. Mi padre era barbero y tenía una peluquería en la misma plaza de la iglesia, junto al bar. Era uno de los establecimientos más animados del pueblo, al menos durante los años en que los caballeros acudían a diario para peinarse, afeitarse y, de paso, enterarse de los chismes del pueblo y del resto del mundo gracias a la radio que había en uno de los estantes, donde se escuchaban los noticiarios y las retransmisiones deportivas. Luego cambiaron las costumbres. Los jóvenes llevaban el pelo largo y dejaron de afeitarse. Todo el mundo tenía un transistor en casa y la calle se convirtió en el lugar de las tertulias. Su padre se jubiló y en el local de la barbería abrieron una sucursal de la Caja Rural de Teruel para que los vecinos pudieran gestionar sus ahorros. Ahora todo ha cambiado de nuevo. Ella lo resume así: los jóvenes actuales se dejan las barbas largas, se rapan la cabeza y llevan en el bolsillo un teléfono que también es una radio, a través del cual ordenan sus operaciones bancarias.

Julio espera con paciencia en el aparcamiento del centro comercial, sentado en el asiento del copiloto del Volvo. Ha dedicado unos minutos a ordenar los documentos del vehículo que ha encontrado en la guantera, dentro de una carpeta de cartón, deshaciéndose de varias facturas de un taller de automoción y unos recibos de circulación ya caducados.

Por fin, ve aparecer a Fina y a Dorita cargadas con bolsas de papel y de plástico. Sale del coche para abrir el maletero y ayudarlas a colocarlo todo junto a su maleta y su pequeño bolso de cuero.

—No tengo la menor idea de dónde está Carmen —dice Dorita—. Ha desaparecido nada más entrar y he tenido que ocuparme de comprar lo mío y lo de Fina.

Está tratando de disculparse por si han tardado demasiado, pero Julio no dice nada.

—Imagínate —prosigue, señalando a su compañera—, estaba empeñada en comprarse unas botas de montar a caballo.

Julio parpadea una sola vez.

—Creía que eran para regar el huerto —aclara Dorita.

Pero lo hace sin asomo de sonrisa, dándose cuenta de que en realidad unas botas de montar a caballo pueden servir para realizar cualquier tipo de tarea agrícola. Ocupan su lugar en el coche para descansar las piernas, Julio delante, Dorita y Fina detrás. Carmen tarda todavía veinte minutos en aparecer. Y lo hace sin ninguna prisa, con varias bolsas colgadas de los antebrazos, frotándose las manos con gel hidroalcohólico mientras busca el coche con la barbilla levantada. Sabe que es indispensable. No pueden marcharse sin ella.

Nos reuníamos a última hora del día, después del toque de queda. Así nos referimos en la residencia a las diez de la noche, que es cuando nadie puede abandonar su habitación. Si necesitamos algo, debemos pulsar el timbre que hay sobre la cama y una auxiliar acude en nuestra ayuda, más o menos como funciona una planta de hospital. O una dictadura. Carmen y Fina están alojadas en el ala de la derecha del edificio. Yo iba a la habitación de Carmen pasadas las diez y media, sin hacer ningún ruido, arrastrando los pies para que las pisadas no me delataran. Fue muy emocionante, mi amor. Cada noche añadíamos un detalle nuevo a nuestro plan. Papeles y documentación, decía Carmen. Necesitamos llevar nuestro DNI y la tarjeta de la Seguridad Social. Tarjetas bancarias. También. Yo aún uso la cartilla de

ahorros. Pues la coges. Fina nos miraba alternativamente, disfrutando de lo que a veces le parecía un juego y otras un sueño. La medicación, dije yo. Como puedes comprender, mi amor, en una residencia de ancianos todo el mundo toma medicamentos. Fina, le pregunté, ¿tú sabes lo que tomas cada día? Ella asintió. Claro, dijo muy segura de sí misma, haciéndome creer que iba a decir una tontería. Tomo el donepezilo primero y la memantina después, respondió. ¿Qué cantidad tomas y a qué hora?, continué preguntando. Fina dudó un momento. Me dan las pastillas a la vez que la comida, dijo. El donepezilo metido en una albóndiga de carne y la memantina clavada en una banderilla, junto con unas aceitunas y unos boquerones en vinagre. Carmen le sostuvo la mirada durante unos segundos, tratando de comprobar si de verdad era capaz de decir una incongruencia como esa sin aguantarse la risa. Yo me limité a negar con la cabeza. Nosotras te ayudaremos a tomar tus pastillas, le dije, no te preocupes. Y Carmen se levantó de la cama para dar por terminada la reunión. Era casi medianoche. De eso te encargarás tú, Dorita, dijo abriendo la puerta. Conmigo no cuentas. Ahora es tarde y debéis marcharos.

Se llama Rosario del Carmen, aunque todo el mundo la conoce como Carmen. Acaba de llegar a la residencia y aún no se ha adaptado al régimen inevitablemente carcelario de cualquier lugar donde se come y se cena a una hora determinada. Siempre ha vivido sola, al menos desde que su marido murió. No tiene hijos, aunque sí sobrinos, dos de los cuales la visitan puntualmente una vez por semana. No son hermanos, como alguno de vosotros me ha preguntado. Son esposos. Los casé yo misma en un pueblo de Cádiz, aunque no creo que ellos se dieran cuenta porque lo hice usando un ritual que desconocían. Ha vivido en tres barrios distintos de Madrid. Primero en el de Salamanca, cerca del Retiro, luego en la plaza de la Paja, en el Madrid

viejo, y por último en Cuatro Caminos, cerca de Moncloa. He pasado la mayor parte de mi vida trabajando como modista, durante un tiempo a sueldo de una empresa ubicada en Badalona y luego dedicada a mis clientas. Gracias a ello se sabe la genealogía de todas las casas reales europeas, desde la sueca a la jordana, pasando por la noruega o la inglesa. La casa real española también me la sé, aunque solo a un nivel estético, desde María de las Mercedes de Borbón hasta Letizia Ortiz, pasando por Sofía de Grecia. Mis clientas siempre creyeron que yo era una monárquica convencida, pero se equivocaron por completo. Lo que pasaba era que durante años las señoras y las señoritas de Madrid querían vestirse como las reinas y las princesas de toda Europa. Y no me extraña, porque las reinas han sido siempre modelos de alta costura. Y, aunque hoy en día no es su único cometido, todavía lo siguen siendo y cada acto al que acuden se convierte en una pasarela de moda y complementos. Está a punto de terminar su presentación y quiere añadir algo contundente para rematarla. No tengo coche, dice, pero todavía conservo en vigor mi carné de conducir.

Han salido las tres cogidas del brazo, en formación, como si fueran a desfilarse por la calle.

—Es para que no se nos caiga Fina —van diciendo—. Hoy tiene el equilibrio un poco inestable.

Dorita trata de hablar con naturalidad, pero se da cuenta de que le tiembla la voz. Hace un par de inspiraciones cortas y una larga espiración para calmarse, tal como le han enseñado en las clases de respiración. Carmen mostró su sorpresa cuando se enteró de que había clases de semejante cosa y preguntó si no las había también de latido cardíaco, digestión de carbohidratos refinados o filtrado de sangre en riñón. Cada vez que tiene ocasión, Carmen gasta una ironía resentida para burlarse de Dorita o de cualquier otro interno de la residencia. Esta mañana, sin embargo,

está a punto de hacer los ejercicios de respiración ella misma, sin poder creer que se esté marchando de allí. Se imagina la cara de susto que pondrán sus sobrinos cuando se enteren.

Tanto ella como Dorita han pasado la noche prácticamente en vela, durmiendo a ratos sueltos, sin la suficiente profundidad para descansar. Así lo comentan durante el desayuno. El caso de Fina es distinto por los efectos de la medicación.

—Yo he dormido perfectamente —declara con orgullo—, pero el gallo de mi prima Fernanda me ha despertado de buena mañana. Luego iré a hablar con ella para que lo traslade a la paridera, con las ovejas, lejos del pueblo. Así no nos molestará más.

Se detienen frente al coche, que está aparcado muy cerca de la residencia. Carmen lo mira con la cabeza torcida.

—Menuda cafetera —dice entre dientes.

Fina sonrío, como siempre que lo ve.

—Qué bonito es mi Volvo —dice tratándolo como a una mascota.

—¿Has cogido las llaves? ¿Y el carné de conducir? ¿Lo llevamos todo?

Dorita ha pensado sentarse detrás con Fina para no dejarla sola. No quiere arriesgarse a que se baje del coche en un semáforo o en un paso de cebra. Carmen contempla el volante, lo limpia con una toallita mojada en gel hidroalcohólico y suspira con rotundidad.

—¿Sucede algo? —pregunta Dorita.

—No sé cuánto tiempo hace que no conduzco —reconoce Carmen, acordándose de su cochecito.

Dorita le pone una mano en el hombro.

—Regúlate bien el volante y el asiento —le dice tratando de contagiarle un poco de aplomo, pero Carmen mueve el hombro bruscamente para que la deje en paz.

No quiere nada de nadie.